

EL ATENEO CARACENSE

REVISTA MENSUAL.

5 de Octubre de 1884.

LA ORTOGRAFÍA FONÉTICA.

Desde que el hombre ha reconocido que la transformación lenta y continua es la gran ley de vida á cuyo influjo alienta y vive cuanto le rodea, las ciencias, las artes y las manifestaciones todas de la actividad humana han entrado por una ancha vía de progreso. La Física, la Historia Natural, las Matemáticas, la Filosofía, el Derecho, las ramas todas del saber, han sometido poco á poco sus procedimientos á severa crítica, y ampliando sus horizontes, van adoptando nuevos puntos de vista cada vez más elevados, cada vez más conformes con la realidad de las cosas, con la verdad. Las artes se modifican; la arquitectura sublime, representada antes en los seculares templos y en las catedrales gigantescas, hoy menos pretenciosa pero más extensa en los teatros, iglesias, escuelas, edificios públicos y aun casas y viviendas rústicas y urbanas, después de pasajeros retrocesos de mal gusto, busca nuevos ideales aun en las fábricas; en la industria misma, y vulgariza con pequeñas construcciones el gusto de la forma; la literatura, víctima también en ocasiones, de transitoria decadencia, porque el libre albedrío del hombre imperfecto rompe con frecuencia la continuidad fatal de la curva del progreso trazada por la Providencia á la humana actividad, encuentra nuevos gérmenes en las escenas de la vida real y va prescindiendo poco á poco de las fingidas églogas y bucólicas, de los poemas heroicos y mitológicos, y encontrará ciertamente algun día en las grandes verdades científicas, en las maravillosas revelaciones de la naturaleza, poemas y epopeyas que jamás pudo soñar la antigua fantasía.

Forman sin embargo nota discordante en esta magnífica armonía del progreso, los gramáticos, numerosos aún, que aspiran á una fijeza y á un estacionamiento en pugna evidente con la naturaleza de las cosas.

No es ciertamente que yo pretenda aten-

tar á la estabilidad relativa de las lenguas hoy habladas; no es que me sea indiferente la degeneración del hermoso idioma castellano; muy por el contrario, quisiera ver á éste defendido y eficazmente protegido contra esa pujante irrupción de galicismos que rápidamente le quitan su vigor y majestad, y contendría, si en mi mano estuviera, el desvanecimiento de esa infinidad de dialectos y lenguas sin literatura que pasan como efímeras mariposas, por los labios de pueblos sin cultura, que jamás se han parado á pensar cómo ni porqué hablan, é ignoran el inmenso valor que para el estudio de la historia y la etnología tienen en manos del filólogo las rudas y antiestéticas voces con que se dan á entender.

Lo que deseo, porque la armonía del progreso así lo exige, es que desaparezca la discordancia entre el estado real que en determinado momento histórico ofrece un idioma culto, rico tal vez en obras literarias, y su gramática, su ortografía sobre todo, á veces también su prosodia y aun los giros definitivamente abandonados por el uso y que no pueden revivir al soplo impotente de una restauración artificial. Hojas secas que no reverdecen cuando perdieron la savia, debemos dejarlas caer y ver con fría calma que las arrastra el viento, como vemos sin oponer una resistencia, que no sería más loca, cómo desaparecen de la escena del mundo nuestros semejantes, arrastrados cual aquéllas por el torbellino de los tiempos, sin que por ello se extinga la humanidad, ese organismo de conjunto que revive de continuo con la aparición incesante de nuevos miembros, que cual frescas y lozanas hojas brotan en la perpétua primavera de la vida humana.

De la misma manera que procuramos por el cultivo mejorar las condiciones de las plantas, de igual modo que nos esforzamos con leyes por hacer más suave y aun en cuanto nos es posible, más duradera, la existencia individual del hombre en la so-

ciudad, debemos, y con una buena literatura lo podemos en grande escala, asegurar á las lenguas individuales una duración que tiene no escasa importancia en el desarrollo progresivo de la civilización; pero no nos empeñemos en detener el desenvolvimiento natural del lenguaje, que cual la vegetación, la sociedad, la vida, marcha en continuada evolución y se sostiene á expensas de las lenguas individuales de cuya muerte brota, semejante al fenix que revive de sus cenizas. Que si la colectividad humana en su inacabable renacer no necesita la presencia de los grandes genios que la honraron, tampoco al lenguaje, renaciente siempre, hacen falta las galas ni la gramática de los sonoros y hermosos idiomas que fueron, y cuyas huellas, para esclarecimiento de la historia, como las biografías de los grandes hombres para ejemplo, quedan inscritas en la rica literatura que una generación lega á otra. Y si hay progreso, si hay mejoramiento en la evolución humana, ¿por qué hemos de temer la decadencia definitiva en el lenguaje, que es una de las más fecundas manifestaciones de la vida espiritual? Antes por el contrario, este maravilloso distintivo entre el hombre y el bruto, tiene delante de sí magníficas perspectivas, que hacen entrever, á cambio de los restringidos é imperfectos idiomas actuales, otros más ricos y adecuados para expresar las concepciones abstractas que hoy á duras penas podemos transmitir á nuestros semejantes, idiomas que permitan hacer vibrar al unísono de las del poeta, las fibras del que lea las futuras epopeyas, llenas de verdad, de realidades que hoy parecerían fantásticas creaciones.

Sucede, sin embargo, que los espíritus cultos suelen ser muchas veces refractarios á las innovaciones y se resignan mal á la ley de evolución; pero este hecho, que á primera vista parece incomprensible, tiene una explicación muy natural. Aparte del sentimiento de tristeza que deja en el ánimo todo lo que se va, cuando lo conocemos y apreciamos, como sucede con el brillante día á la caída del melancólico crepúsculo, con el alegre estío, cuando la fría otoñada desnuda el bosque y la campiña, con el amigo que se ausenta para siempre ó el hijo que deja el hogar doméstico, es indudable que la incertidumbre del porvenir y la duda de si lo nuevo ofrecerá en la práctica ventajas positivas, no puede menos de ejercer influencia grande en las personas reflexivas y experimentadas. A esto se une,

en el caso particular de las innovaciones gramaticales, el temor de embrollarlo todo y hacer perder la pista del origen, á lo que dan con razón gran importancia los gramáticos. Así se explica el afán de conservar á la gramática el carácter que tenía hace siglos, aun antes de aparecer los romances, y el apego de los países cultos á la ortografía etimológica.

No me propongo en el presente escrito, hacer el estudio de las numerosas y trascendentales reformas gramaticales que á mi juicio estamos ya en el caso de introducir, ó de ir preparando por lo menos. Un ensayo de no pocas hallarán los amantes de este género de trabajos en las *Nociones de Gramática general*, que en colaboración con el Sr. Fernández Iparraguirre he publicado; y antes de mucho, tan luego como las urgentes ocupaciones del momento me lo permitan, daré á conocer cuáles son las modificaciones y mejoras que en mi opinión no debe aplazar ya la Academia, estudio á que seguirá el desarrollo de un plan completo de ortografía castellana, con indicación de los medios más eficaces para conseguir que en un plazo no largo, nuestro modo de escribir pueda hallarse del todo conforme con la pronunciación castellana.

Por el momento sólo es mi propósito demostrar que la ortografía no debe ni puede permanecer estacionaria, y llevar al ánimo de los ilustrados académicos, la convicción de que su actitud presente, poco propicia á las reformas, exceda los límites de una razonable prudencia, y dañe realmente á la lengua cuyos intereses quiere guardar.

A qué puede conducir la detención ortográfica, si no se detiene la prosodia, si el lenguaje hablado sigue y seguirá fatalmente su curso de avance nunca interrumpido? Hay que abordar con ánimo resuelto las reformas ortográficas, cuando las reclama el idioma hablado, sin obstinarse en conservar aquello que ya no tiene razón de ser; porque semejante detención conduce al divorcio del lenguaje escrito y el hablado y ocasiona, después de algunos siglos de embrollo y desesperación de los indoctos, que son las más, reformas bruscas, y por tanto revolucionarias, como la del ruso cuando formó su largo alfabeto actual, ó la que hicieron en el arcontado de Euclides los Atenieses (403 años antes de J. C.), y poco después los pueblos todos de la Grecia, cuando adoptaron el alfabeto jonio, compuesto de 24 letras.

Y que esta reforma brusca llega tarde ó

temprano, cual dique roto por impetuosa corriente detenida algún tiempo, es innegable. Conserva el escritor en sus impresos, las voces etimológicamente escritas al través de algunos siglos, durante los cuales se modifican y desvanecen muchos sonidos, siendo reemplazados por otros que no tienen signo; ocurrese al inconveniente atribuyendo valores convencionales á los ya existentes y sus combinaciones. Pero el deseo de conservar la huella etimológica se opone á la sustitución escrita de letras que fueron prosódicamente sustituidas y resultan signos que representan pluralidad de sonidos, lo que origina por necesidad muchas reglas para distinguir los diferentes casos. Complicanse éstos con el tiempo, que no interrumpe su acción lenta sobre el lenguaje, y resulta embrollo tal, que llega á ser casi imposible el deletreo, como lo prueba el hecho de que al dar en inglés un apellido desconocido, sea necesaria la ya proverbial pregunta de "¿cómo se escribe?"

Es evidente que esta marcha nos aleja poco á poco de la escritura alfabética y nos conduce de nuevo á la simbólica. Hoy existen en francés vocablos con doble número de letras que de sonidos, como *beaucoup*, que se pronuncia *bocú*; y en inglés hay no pocos en que la mayoría de las letras son ajenas á la verdadera pronunciación de la palabra, por ser mudas ó representar otros sonidos, como sucede, por ejemplo, en *through*, que muy aproximadamente se pronuncia *zru*. Un español que no conozca este idioma, se maravillará de tal discordancia y calificará de caprichosa y hasta absurda semejante ortografía; sin embargo estas anomalías son muy naturales para los conocedores de la lengua inglesa y sus orígenes (1), y en el fondo no se diferencian de las que, en menor escala, se hallan en nuestra lengua, en que escribimos *hoy*, donde no existe ni la aspiración de la *ache*, ni la articulación paladio-dental *ye*. Nosotros debemos el hallarnos más lejos que el francés y el inglés de la escritura china, á las oportunas reformas que hizo nuestra sabia Aca-

(1) *Through* viene del alemán *durch*, cuya dental explosiva inicial, transformada muy naturalmente por la pronunciación en una dental aspirada sumamente parecida á nuestra *z*, ha sido representada por la dental explosiva fuerte que es la *t*, seguida de la letra aspirada por excelencia, la *h*; habiendo desaparecido por completo, á fuerza de suavizarse, el sonido guturo-paladial aspirado final representado por la *ch*, que equivale á nuestra *jota*, y que los ingleses han querido conservar en la escritura con la guturo-paladial *g* seguida de la aspiración *h*.

demia de la Lengua en los comienzos de este siglo; de haber entonces presidido aquí el espíritu etimológico de otros países más sabios, pero en esto menos previsores, hoy escribiríamos *Physica*, *cherubin*, *exército*, *Chrysostomo*, &c. Nos hemos separado á tiempo de la vía etimológica, para seguir la fonética, única que debe guiar en la escritura y á la que debemos acercarnos nuevamente poco á poco, para en adelante caminar por ella definitiva y exclusivamente. Ejemplo nos dan algunas lenguas hermanas, como el italiano, que escribe *istoria*, *Umberto*, *istituzione*; el provenzal, en que hallamos *istanzia*, *umilitat*, *esplegar* (explicar); el rumano, que tiene admitido *om* (hombre), *orologio*, *escelenta*, *de esemplu* (por ejemplo).

Tiempo hace ya que así lo han debido comprender algunos gramáticos ilustres de Francia y de la Gran Bretaña, y son por cierto meritorios por lo constantes y atinados, los esfuerzos de Pitman en su *Reforma fonética*, intentada para sustituir á la actual ortografía inglesa otra racional, y por tanto completamente fonética. "Quizá, dice el gran maestro Max Müller, Mr. Pitman no vivirá lo bastante para ver el resultado de sus esfuerzos perseverantes y desinteresados; pero no hay que ser profeta para asegurar que lo que ahora se recibe con mofa por los más, triunfará un día ú otro, á no ser que se encuentre para combatir este sistema algo más que chanzonetas ya gastadas."

Cosa indudable es para mí que si hoy no se remedian los inconvenientes de las ortografías francesa é inglesa, es porque el mal ha tomado incremento demasiado y ardrán las perturbaciones que ocasionaría el que pusiera en ellas su mano. Sin embargo, el mal irá adelante y el abismo cada vez mayor entre la prosodia y la ortografía, traerá infaliblemente la reforma revolucionaria, que será tanto más violenta cuanto más se aplace. Créanlo los actuales académicos de la lengua española: si los ingleses tuvieran hoy una ortografía tan sencilla como lo es relativamente la nuestra, no vacilarían en ponerla completamente de acuerdo con la pronunciación; y ¿quién sabe si el ejemplo dado por nosotros, que lo podemos hacer sin grandes trastornos, determinaría á esos otros pueblos á adoptar por fin con ánimo resuelto las reformas que, si para ellos habían de ser ventajosas, habrían de facilitar inmensamente para nosotros el aprendizaje de sus idiomas? Otros países que están relativamente cerca de la

buena vía, la fonética, se apresuran á acortar las distancias; y recientemente el alemán, que no se halla muy lejos de ese buen camino, dió un paso más hácia él en la conferencia convocada en Berlín del 4 al 15 de Enero de 1876, para tratar de establecer la mayor unidad en la ortografía alemana.

A estas razones, á mi juicio bastante poderosas para convencer á los que por consideraciones lingüísticas desean no alterar el carácter etimológico de los vocablos, se añaden otras no menos sólidas é irrefutables. Cuando se aspira á un fin, no basta, para lograrlo, poner en juego un solo medio, desatendiendo otros puntos no menos importantes. La misión científica del filólogo no se consigue con guardar la huella de las voces individuales, y el lingüista, que es el más poderoso auxiliar de aquél, sabe muy bien que las construcciones y los giros, la sintaxis, los modismos y locuciones que tan bien retratan y diferencian los caracteres de los distintos idiomas, sirven más que la etimología de las voces para establecer su filiación y relaciones de mutua dependencia. ¿De qué, pues, servirá estereotipar, por decirlo así, los vocablos aislados con arreglo á la más concienzuda etimología, si se descuida la parte esencial, y al fin y al cabo el lingüista, que no puede ser sólo etimologista, se ve sin rastro de lo esencial para marchar con paso firme por la oscura historia del lenguaje?

Y es un hecho que aun las lenguas más escrupulosamente conservadoras de la etimología, no han guardado ni aun vestigios de las partes más esenciales del buen decir de aquellos idiomas clásicos, que llamamos sabios. El francés puede servir de ejemplo elocuentísimo. En la escritura de cualquiera de sus palabras de origen latino ó griego, se reconoce en el acto la voz clásica de que procede; ¿pero hay en las expresiones usuales y movedizas como el tiempo, empleadas por el vulgo, en que está encarnada la savia del lenguaje, en esas expresiones adoptadas, como no puede menos, por los gramáticos y hablistas, y que constituyen el genio del idioma francés, exacto é ingenioso, pero vivo, cortado y ligero, hay nada, digo, que recuerde aquellos magníficos y rotundos periodos que extasiaban y que legaron nombre inmortal á Demóstenes y á Cicerón? Comparemos un orador romano con un orador francés, oigamos atentamente á ambos, pero sin ver escritas las palabras, y nos asombraremos de que la lengua del segundo sea hija de la del

primero. Y es que á la corrupción de Roma no escapó su lengua; y al caer despedazado el coloso, recogieron los bárbaros, mezclados con el embrutecido pueblo, los restos de la hermosa habla descompuesta y adulterada en incultos dialectos, de que nacieron más tarde, según la más general creencia, los actuales idiomas románicos, entre ellos el francés; es que los gramáticos y las academias, tan celosos por la etimología, tan solícitos por la palabra individual, no han pensado en la proposición y el periodo, y dejan transformarse, hoy sobre todo que el progreso une cada día más á los distintos pueblos, dejan transformarse, digo, los idiomas con una rapidez que dañará á las investigaciones lingüísticas del porvenir mucho más que los cambios ortográficos, que en realidad no dañan, como lo probaré enseguida.

Yo, que soy partidario de las reformas, cuando las creo indicadas, y que reclamo innovaciones ortográficas á costa de la etimología, he dado, sin embargo, ya en más de una ocasión, la voz de alerta, no tanto contra la introducción de neologismos inútiles, que al fin y al cabo constituyen á lo más manchas aisladas, como contra los giros afrancesados, el estilo excesivamente cortado y ligero que nos vamos asimilando, el incorrecto uso de los tiempos, etc. etc., todo lo que nos hará perder, en no lejano plazo, esa bellísima reminiscencia del majestuoso latín, conservada en el mundo casi exclusivamente por la lengua castellana. ¿Qué importaría que omitiéramos las *aches* mudas, ó reemplazáramos las *equis* por las *eses*, cuando tienen este último sonido, ó suprimiéramos la *u* líquida etc. etc., si conserváramos á nuestra lengua las principales y más sublimes cualidades que, en medio de las continuas adulteraciones del tiempo, la hacen aun reconocer acaso como la hija predilecta de su inmortal madre romana?

Pero he dicho que los cambios ortográficos no dañan á las investigaciones lingüísticas, y ahora quiero añadir que si se hicieran con la continuidad posible, siguiendo en cuanto es dable las transformaciones lentas de la pronunciación, sin esas detenciones que originan cambios bruscos y revolucionarios, se allanarían en alto grado las tareas de los filólogos. Es decir, que sostengo la tesis opuesta á la de los partidarios de la etimología.

Por de pronto, y antes de descender á detalles, haré observar que evitándose esas

innovaciones repentinas y radicales que siguen siempre á un periodo largo de estacionamiento, se evitaría la confusión que envuelve á esos momentos de revolución, sobre todo para el historiador que los tiene que analizar de lejos.

Pero prescindiendo de esta idea general, y examinando de cerca el asunto, es preciso no perder de vista que el lenguaje es la palabra hablada, la escritura sólo es su signo, y en tanto se llama lenguaje también, en cuanto representa al hablado. Ha habido y hay numerosísimos pueblos que hablan y jamás han escrito; pero no ha existido pueblo alguno que escriba y no hable. Esa facultad exclusiva del hombre, de haberse creado un modo de comunicarse por medio de la palabra, de haber producido el lenguaje, que constituye un organismo que vive y se desarrolla por medio de inacabables transformaciones en el tiempo y en el espacio, nada tiene que ver con la representación artificial de ese organismo, por medio de la escritura. La palabra escrita es un poderoso medio para ampliar y multiplicar inmensamente nuestras relaciones ¿quién lo duda? es un auxiliar preciosísimo para el lingüista que por su intermedio se transporta á épocas anteriores, y estudia el lenguaje hablado que no pudo oír; pero no es un organismo, no vive, y está en nuestra mano, como toda obra nuestra, consciente, el modificarla, sustituirla á nuestro antojo ó establecerla bajo nuevas bases, convencionales siempre y sometidas á nuestra voluntad. Así los alemanes usan indistintamente caracteres góticos ó latinos, así los rumanos tienen al lado de sus letras cirilianas las nuestras adicionadas de numerosos acentos y cedillas.

Lo que el lingüista hace es desentrañar el organismo del lenguaje cuyas leyes estudia, para establecer la ciencia de éste, y usa de la escritura como de un precioso instrumento para su fin, pero no puede convertir en objeto de sus investigaciones un arte, que por lo mismo no tiene leyes. Si pudiera seguir, sin hallar soluciones de continuidad, al remontarse en la escala de los tiempos, la serie de transformaciones sucesivas y de formas afectadas por ese fecundo lenguaje, llegaría fácilmente á los grandes troncos, y en su marcha de invención inductiva, estaría pronto en posesión de las tres grandes raíces ó madres, agrupando las lenguas en arias, semíticas y turanias, si es que no llegaba á echar de ver que eran hermanas y se posesionaba del tronco único.

Para esta colosal empresa, el lingüista tiene que valerse de la palabra escrita, que constituye sus monumentos, y como he dicho, sus más poderosas armas. Ahora bien, si la escritura siguiera y hubiera siempre seguido paso á paso á la pronunciación, lo que presento como una quimera, sería una realidad. La detención ortográfica, con sus inevitables consecuencias de reunión de sonidos varios en una misma letra escrita, representación de un sonido mismo por diferentes caracteres, signos mudos, dobles, triples y aun cuádruples signos con un sonido simple, sonidos compuestos con un signo simple, ha hecho absolutamente imposible que se siga el hilo de las investigaciones, sin continuos tropiezos y frecuentes equivocaciones. ¿De qué sirve que las palabras escritas de una lengua viva se asemejen á las de otra muerta, si esa semejanza no puede hacer revivir estas últimas, que nos es imposible pronunciar debidamente porque hemos perdido la pista del valor prosódico de los signos? Y si no sabemos pronunciar las palabras de esas lenguas antiguas, ¿cómo hemos de poder comparar sus elementos fonética y fisiológicamente para inferir las leyes de su transformación? Porque á cualquiera se alcanza la posibilidad de mutua sustitución entre los sonidos labiales *be, pe, me, fe, ve*, por ejemplo; pero nadie sería capaz de prever esos mismos cambios mútuos entre las letras *b, p, m, f, v*, desconociendo su valor fónico, y no habría más razón para creer en el cambio de la *b*, por ejemplo, en *p*, que en *k*.

Además la conservación en las palabras escritas de letras que no se pronuncian ó tienen diferente sonido que el que representan, hace atribuir á unas épocas la pronunciación de otras, equivocación en que podrían incurrir los futuros lingüistas al suponer gutural en el siglo XIX la final de la palabra inglesa *enough*, que es labial, porque los ingleses, no han querido perder el signo gutural de la voz germánica originaria *genug*. Las sabias modificaciones ortográficas del castellano les evitarán ciertamente no pocos tropiezos y cavilaciones, que tendrían de seguro si, imitando nosotros á los franceses é ingleses, escribiésemos hoy *fijo, fermoso, archeología*, etc., como quisieran algunos gramáticos.

Y por si no son bastantes estas dificultades opuestas á la lingüística por la manía etimológica, fíjese la atención en un caso particular que se presenta en nuestro idioma. Hace tiempo que la tendencia á simpli-

ficar el sistema de consonantes (tendencia que existe aun más marcada en el provenzal, italiano y válico) va descartando poco á poco una de las que se hallan juntas; así pronunciamos ya *trasmitir*, *esponer*; y el taquígrafo español, en su necesidad de omitir todo lo que sin confusión le sea posible, escribe siempre *istar*, *ajunto*, por ejemplo, en vez de *instar*, *adjunto*, lo que marca ya de antemano á los ojos del observador atento, cuáles son las consonantes llamadas á caer irremisiblemente algun día, en virtud de esta ley lingüística.

Nuestra Academia no ha admitido la sustitución ortográfica de la *s* á la *x* que va seguida de consonante, por más que de hecho en la pronunciación se ha operado el cambio, porque nos avenimos mal á articular seguidas tres consonantes (no habiendo en ellas una líquida, se entiende); y dígame lo que se quiera, habría hoy marcada afectación en pronunciar *ecsplícicar*, *ecscluir*.

Sumisos á la corporación soberana del lenguaje, los escritores, y sobre todo los tipógrafos, poco reflexivos muchas veces, adoptan la *x* preceptuada, pero la hacen, por equivocación, extensiva á muchos casos en que la etimología la rechaza y debieran poner *s*, como en *espontáneo*, *esplendor*, etc., que escriben *expontáneo*, *explendor*, creyendo con eso distinguirse ventajosamente de los que cometen la falta, mucho más tolerable sin embargo, que ya casi no lo es, con perdón de la Academia, de escribir *s* cuando debiera ser *x*; mas como la prensa y sobre todo los periódicos que más la echan de eruditos son los que nos prodigan esas *equis* antietimológicas, nos vamos acostumbrando de tal modo á ellas, que poco á poco se restringe el campo de la *s*; porque los que modestamente se reputan indoctos, siguen el ejemplo de los que tienen por más sabios; y como no hallan en la pronunciación diferencia que los guíe, van adoptando y generalizando la *x*, que propinan á discreción.

Ahora bien, siguiendo las cosas por este camino, el lingüista del porvenir se encontrará frente á frente con un fenómeno curioso y por demás extraño: el de una excepción á esa ley de simplificación de consonantes, en los pueblos latinos de la Europa meridional; porque se imaginará que esa sustitución de la *x* á la *s* en tales casos, obedece en la prosodia á un recrudescimiento en sentido de las consonantes, hecho completamente absurdo y que le extraviará en sus investigaciones. Yo llamo la atención de las personas revestidas de autoridad en

los diversos idiomas, y muy particularmente de las Academias, sobre este fenómeno que nadie ha señalado todavía, y prueba de una manera concluyente que, cuando un sonido ó articulación ha caído ó se ha modificado, la conservación de la letra con que se representa en la escritura de las voces de que desapareció, sólo sirve para ocasionar continuas equivocaciones en el vulgo, que es el que maneja el lenguaje, en el que acaba por sancionar, reglas y preceptos absurdos, que pueden hacer creer algun día en leyes fonéticas inverosímiles, que ni existieron ni era posible que existieran.

C. T. ESCRICHE Y MIEG.

(Se concluirá.)

CRONICA DEL ATENEO.

En la noche del día 18, y después de celebrada la Junta general ordinaria correspondiente al mes de Setiembre, el señor D. Francisco Torralba, atendiendo á una indicación hecha por el Sr. Presidente á los socios por si alguno de ellos se encontraba con fuerzas suficientes para ocupar la tribuna y hacernos pasar un agradable rato, dando una improvisada conferencia, así lo hiciera, no haciéndose rogar mucho el Sr. Torralba, lo que ciertamente nada tiene de extraño, dado el gran entusiasmo que por el Ateneo tiene.

Después de un sentido exordio, en que encarecía la benevolencia de los circunstantes, fundándose para ello en que, á más de ser una improvisación, era la primera vez que ocupaba nuestra modesta tribuna, pasó á desarrollar la materia que á la consideración de sus oyentes exponía. *La mujer*, he aquí el tema sobre que versó su discurso: manifestó primeramente en qué consiste la felicidad de una familia, señalando como causa primordial el que al constituirse hayan tenido en cuenta, los que entraban á formar la sociedad conyugal, el amor como base principal de la misma, no intereses mezquinos y bastardos; una vez que nos presentó ésta formada, pasó á examinar la influencia que en ella ejerce la mujer, como asimismo en las costumbres del marido, cuál en las de los hijos, valiéndose para ello de bien traídos ejemplos que servían para sustentar su tesis, y finalmente, puso de relieve los deberes que tiene que cumplir, para saber conducirse como buena hija, esposa cariñosa y fiel, y madre amorosa y amante de sus hijos, deteniéndose más especialmente para

examinarla en el último de los mencionados conceptos, concluyendo su improvisado discurso, con una sentida invocación, que dirigía á la mujer.

Después se entabló una ligera discusión en que tomaron parte los señores Diges (D. Manuel) y Diges (D. Juan) acerca de algunos conceptos erróneos atribuidos al disertante, y una vez explicados por éste en su rectificación, quedó aquella terminada.

Ciertamente no se puede juzgar al señor Torralba, por las excepcionales circunstancias en que ocupó por primera vez la tribuna, y además por esta razón, sin embargo, pudimos observar que se expresa con gran facilidad y que desarrolló su discurso con bastante método, demostrando al mismo tiempo que posee bien á fondo la materia sobre que versó.

Siga por el camino emprendido, y así como la otra noche nos hizo pasar un delicioso rato, le aseguramos que se dejará oír con gusto de todos cuantos asistan á su conferencia.

* *

Conferencia del Sr. Tous y Martínez.

Más por corresponder á la deferente atención del digno Presidente de esta sociedad, que por considerarme en condiciones para el caso, voy á dar á los lectores de esta REVISTA una ligera reseña de lo ocurrido en la sesión del día 20 del pasado mes, con motivo del importante trabajo que presentó á nuestra consideración mi particular amigo D. Manuel Tous y Martínez.

Abierta la sesión por el Presidente, y con una concurrencia extraordinaria en la que estaban representadas todas las clases sociales de esta localidad, pasó á ocupar la tribuna el conferenciante, y en medio de la profunda emoción que le produjera hallarse por primera vez delante de un público para él tan respetable, expuso á los concurrentes el objeto de su conferencia, que consistía en demostrar los *grados de certidumbre que la ciencia médica ha alcanzado en nuestros días*.

Para llegar á su propósito, y después de algunas consideraciones respecto de lo que la medicina era ayer como ciencia de observación, y lo que es hoy como ciencia experimental, nos presentó de una manera gráfica la teoría celular; ocupándose de la Anatomía, leyes biológicas, y principios inmediatos de la célula con la precisión y claridad que dá siempre el perfecto conocimiento de la cosa de que se trata.

Habló del microscopio, del termómetro, de los reactivos químicos y demás medios que posee en la actualidad la ciencia médica, y dijo, con una profundidad de convicción poco común en la edad juvenil, que con tales elementos de verdadero progreso científico, la medicina alcanzaría, en un porvenir no muy lejano, tal grado de perfeccionamiento, que muchos de los problemas que hasta ahora han vivido en el campo de la hipótesis, se determinarían en demostraciones debidas á aquellos medios que las ciencias físico-químicas ponen hoy en nuestras manos.

El auditorio, que le escuchaba con verdadera atención, pudo apreciar, como el que suscribe estas líneas, la vasta erudición con que esmaltó su conferencia el Sr. Tous y Martínez; y no creo aventurar nada diciendo que se retiró del local deseoso de volver á oír la palabra del conferenciante.

Terminado el acto, el Sr. Presidente en sentidas frases manifestó al Sr. Tous su gratitud por sí y á nombre de la sociedad que representaba, y algunas frases de excitación á los concurrentes para que la modesta tribuna del *Ateneo Caracense* se viera honrada por otros señores que indudablemente habían de producir á la sociedad grato solaz.

MANUEL GONZÁLEZ HIERRO.

SECCIÓN DE NOTICIAS.

Llamamos la atención de nuestros suscritores, acerca del artículo de fondo y crónica de la conferencia científica dada por el Dr. D. Manuel Tous y Martínez, trabajos que aparecen en el presente número, debidos á las bien cortadas plumas de los socios honorarios D. Tomás Escriche y Mieg y D. Manuel González Hierro.

—
En el próximo número, aparecerá un notable artículo del Dr. D. Manuel Tous y cuyo título es el siguiente: *Estudio acerca de los fito-parásitos*.

—
El sábado 11 del actual, el ilustrado socio honorario D. Juan Antonio Reyes, ocupará nuestra tribuna para desarrollar el tema: *Ni acordonamientos ni desinfectantes*.

—
También honrarán nuestra tribuna en una época cercana, los distinguidos socios honorarios, Sres. Escriche y Mieg y Fernández Iparraguire.

A petición de varios compañeros, y si su salud se lo permite, dará una serie de conferencias sobre las teorías celulares, el Doctor en Medicina, D. Manuel Tous y Martínez.

A más de la anunciada en el número anterior, que daría D. Manuel Diges Antón, en el pasado mes, y que no pudo verificarse por encontrarse el referido señor bastante delicado de la laringe, ocuparán la tribuna en el presente mes, otros señores socios numerarios.

Por acuerdo en Junta general, á pesar de que no haya conferencias todos los sábados, estará abierto el local de esta Sociedad, por si los señores socios quieren dedicarse á la lectura de los periódicos que se reciben á cambio de nuestra REVISTA.

En el pasado mes de Setiembre falleció en esta capital, nuestro querido amigo y dignísimo Jefe de Obras públicas provinciales, D. Vicente Gimenez y Saenz de Tejada.

Antiguo suscriptor á la REVISTA y una de esas poquísimas personas que, sin pertenecer al Ateneo, nos estaba dando constantemente muestras de las simpatías y cariño con que le miraba, creeríamos no cumplir con nuestro deber, si desde las columnas de esta modesta publicación, no le tributáramos en nombre de la sociedad que representamos, un sentido recuerdo, á la par que á su atribulada familia nuestro más sentido pésame por tan sensible pérdida.

Además de los señores que en nuestro número anterior anunciamos, han sido admitidos en el pasado mes de Setiembre, en concepto de socios numerarios, D. Enrique Búrgos, D. Ceferino Pardo y D. Bernardo Justel, habiendo pasado á la de corresposal, por tener que ausentarse de esta población, D. Enrique Laso y D. Manuel Amblés. También ha sido admitido con este carácter, D. Alejandro Torralba.

Tenemos una verdadera satisfacción al anunciar á nuestros lectores, que en breve aparecerán en nuestra REVISTA interesantes trabajos, debidos á la correcta pluma del Dr. D. José Julio de la Fuente, dignísimo Director del Instituto de 2.^a enseñanza de esta capital.

Hemos recibido la visita de *El Defensor*,

nuevo semanario que se publica en esta capital, al que deseamos larga y próspera vida, y aceptamos gustosos el cambio.

El día 1.^o del actual, verificóse con la solemnidad acostumbrada el importante acto de la apertura del curso académico de 1884-85, en el Instituto de 2.^a enseñanza de esta capital y en cual el Sr. Secretario leyó la Memoria del pasado curso. Dicho trabajo mereció los aplausos de la concurrencia, pues á pesar de los complejos y detallados datos que contiene y por los cuales suele aparecer árida su lectura, la del que nos ocupamos no fué así, pues á la par que brillantes periodos, pudimos apreciar un método expositivo ordenado que supo sostener el interés de todos hasta conocer el estado de la enseñanza en el curso finalizado. A decir verdad, es satisfactorio, aunque se tenga en cuenta el corto número de alumnos premiados.

Declarado en nombre de S. M. el Rey abierto el curso, comprendimos que el acto terminaba sin oír la autorizada palabra del Dr. Lafuente, Director del establecimiento, cosa que contrarió los deseos de los asistentes.

La concurrencia, si bien escogida, no fué numerosa.

¡Sensible es, que á tan trascendental acto, no se le dé por todos la importancia que en sí tiene!

Hemos tenido una verdadera satisfacción al ver entre los alumnos premiados en la facultad de derecho, á nuestro socio corresposal D. Ricardo Oyuelos.

Reciba nuestra más cordial enhorabuena.

Hemos recibido á cambio de nuestra REVISTA, entre otras publicaciones, *El Motín*, semanario satírico que se publica en Madrid.

Agradecemos la visita y gustosos aceptamos el cambio.

CORRESPONDENCIA.

J. F.—Alcañiz.—Satisfecho el importe de suscripción hasta fin de Diciembre del presente año.

R. M.—Madrid.—Idem, id. id.

F. D.—Madrid.—Id, id. id.

B. M.—San Andrés del Congosto.—Id., id. id.

F. de H.—Mondejar.—Recibido el importe de un año de suscripción que terminó en fin de Junio próximo pasado.